238

PRIMERA PARTE, EN QUE SE DA CUENTA, COMO estando cautivo un Caballero de Sevilla, se escapó, llevándose una hermosa Turca, hija de un Caballero de aquella tierra, y despues de recibir el bautismo, se casó con ella. Refiérese lo que la Turca hizo para librarle de ser quemado vivo, por haber muerto à un Turco muy noble; y los varios sucesos acaecidos hasta llegar à su tierra.

DE DON MIGUEL FUERTES.

A Vos, Lucero eminente,
insigne Sol de Valencía,
dorada Antorcha admirable,
cuyas luces con grandeza
en el reyno valenciano
apartan toda tiniebla,
transformándole en un globo
de gloria, donde la pena
à vista de sus reflexos
retrocede su carrera.
A vos, diamante precioso,
cuya virtud da firmeza
al caido, y aun al fuerte,
que en obsequiaros se emplea.
A vos, Carbunclo precioso,
de incomparable belleza,
Paraninfo soberano,
à quien el Aguila excelsa
admiró en su Apocalipsi
muy prodigiosa Trompeta,
que predicando el juicio,
daba juicio de manera,
que estando el mundo perdido
de locura, con presteza
al sonido de su eco
curaba de su dolencia.

A

A vos digo, gran Vicente
Ferrer, honra y gloria nuestra,
que alumbreis mi entendimieuto,
porque de esta suerte pueda
explicar à mi auditorio
las mas notables tragedias,
los casos mas portentosos,
y las mas altas empresas,
que à un Caballero devoto
de vuestro nombre y grandeza,
han sucedido en el año
mil setecientos cincuenta
y seis, como el auditorio
verá en las presentes letras.
En la ciudad mas ilustre,
mas hermosa y opulenta,
de quantas el sol esmalta
con sus cristalinas hebras,
que es Sevilla, ya lo dixe,
espejo de la nobleza,
y compendio primoroso
de la hermosura y grandeza,
vivia Don Miguel Fuertes,
de gran linage y hacienda,
jóven galan y discreto,
de soberana presencia,
de sutil entendimiento,
muy hábil en la destreza
de danzar y de tañer,
y esgrimir la espada diestra.
Este tal se embarcó un dia
para la noble Valencia,
navegando con contento,
quando tres naves ligeras
de corsarios los cercaron,
y à muy pocas diligencias
les apresaron la nave,
y cautivos se los llevan.
Los vendieron en Turquía,
y al dicho Fuertes lo merca
un Grande de aquella corte,
y el empleo le presenta,
que fuese en su compañía,
quando de casa saliera.
Este Turco galanteaba
à una Turca, la mas bella
que habia en toda Turquía,
y asimismo muy discreta.
El Turco todos los dias
visitaba con franqueza
à su querida otorgada,
y llevaba en su asistencia
al ilustre Don Miguel,
y como el Cautivo era
tan galan y tan discreto,
y de tan insignes prendas,
como danzaba y tañia
delante de la presencia
de la Turca muchas veces
con tal primor y destreza
(porque el Turco le mandaba
que à su dama divirtiera)
la Turca se enamoró
de Don Miguel, de manera,
que qual fina salamandra
ardia en su llama mesma.
Dispuso pues la fortuna,
que una mañana serena
el Turco envió al Cautivo
con una rica presea
à la casa de la Turca,
diciendo que se la diera
à su dama. Aquí, señores,
la fortuna dió la vuelta
favorable à Don Miguel,
porque grata se le muestra.
Fue el caso que la halló sola,
y despues que con discretas
palabras le dió el presente,
la Turca con diligencia

le

le dixo que se sentase,
y allí en breve le dixera
con la mayor claridad
quanto contiene y encierra
la ley santa de Jesus,
porque años ha que desea
saberla; y pues están solos,
que al punto se lo refiera.
Don Miguel con alegría
toda la ley verdadera
de Jesus le relató,
quedándose tan impresa
en el noble corazon
de la Turca, que en sí vuelta,
conoció con discrecion
ser del diablo su secta,
y que la de Jesu-Christo
era muy santa y perfecta.
Entónces à Don Miguel
le dixo la Turca bella:
has de saber, ò Cautivo,
que tú en mi pecho te hospedas,
y es tanto lo que te quiero,
que explicarlo con la lengua
lo tengo por imposible.
Y pues conozco que es buena
tu santa ley, yo me quiero
volver Cristiana en tu tierra,
como me des la palabra
de que yo tu esposa sea.
Don Miguel con grande gozo
à aquella hermosa Minerva
le dió la mano y palabra
de casamiento, y ordenan
de embarcarse luego al punto
que ocasion se les ofrezca.
Mas el diablo se enredó,
porque la gran sutileza
del amo de Don Miguel
conoció por unas señas
el intento de los dos:
por lo qual con gran cautela
andaba, para encontrarlos
en aquello que sospecha.
Sucedió, que estando un dia
los tres en la sala mesma
de la Turca, se salió
con alguna estratagema
el Turco, y en breve tiempo
se entró sin que lo sintieran,
à tiempo que se abrazaban.
Aquí el Turco con soberbia
furioso sacó su alfange,
y Don Miguel con presteza
arrancó tambien el suyo,
y al instante que se acerca,
Don Miguel le derribó
de los hombros la cabeza.
A este tiempo entró un Morillo
en la sala, y viendo aquella
desgracia, dió grandes gritos;
subieron con ligereza
muchos Turcos que pasaban,
y viendo aquella tragedia,
à Don Miguel lo prendieron,
y entre grillos y cadenas
lo pusieron en la cárcel.
Aquí fue la grande pena
de estos dos finos amantes:
aquí sí que se lamentan,
derramando de sus ojos
con mucha abundancia perlas.
Qué dolor tan penetrante
tendrian, viendo deshecha
la grande union que tenian
entre los dos tan estrecha,
y contemplando la muerte
que à Don Miguel se le espera.
Le substanciaron la causa,
y no encontrando defensa

en

en Don Miguel, pues no daba
en su abono cabal prueba,
lo condenaron à ser
quemado vivo en la hoguera.
A Don Miguel le leyeron
la rigurosa sentencia:
tambien la dama lo supo,
y al oirla, casi muerta
se cayó de un gran dolor,
que hasta el alma le penetra;
mas disimula, porque
el disimular le es fuerza.
Aquí quisiera tener
de Ciceron la eloqüencia,
para poder referir
de estos amantes la pena,
los dolores y fatigas,
las angustias tan acerbas,
las ansias y las congoxas,
de que cercados se encuentran.
El ilustre Don Miguel
en su prision tan funesta
con triste dolor decia:
ay dulce y amada prenda!
ya han apartado de mí
las luces de tu belleza,
la gloria de tu hermosura,
la dulzura mas perfecta
de tus graciosas palabras,
amantes como discretas;
à Dios, à Dios, porque ya
terrible muerte me espera.
Tambien la Turca afligida,
toda en lágrimas envuelta,
con la mayor amargura.
mas que viva estando muerta,
decia: querido esposo,
de mi vida y mis potencias,
quién ha de vivir sin ti!
solo el pensarlo, me lleva
à los fines de mi vida,
y suspirar no me dexa.
Ay luz clara de mis ojos!
consuelo de mis tristezas,
alivio de mis fatigas,
y blanco de mis tristezas!
A Dios, dulce Don Miguel,
que ya la muerte te espera,
y tan amarga, que solo
de imaginarlo mis fuerzas
desfallecen. Mas ay Dios!
el dolor ya no me dexa
articular mas palabra.
Diciendo esto, casi muerta
se cayó en el duro suelo,
estando de esta manera
seis horas; y en sí volviendo,
dispone al punto y ordena,
para librar à su amante
de la terrible sentencia,
la mas valerosa accion
que en las historias se cuenta.
El ilustre Don Miguel,
en todas quantas tragedias
le sucedian, llamaba
à San Vicente de veras,
suplicando, le librase
de aquella gente perversa,
y lo llevase à su patria,
porque casarse pudiera.
El Santo le concedió
la peticion que desea;
y en otra segunda parte
ofrece el Autor dar cuenta
de la suerte que libró
de la terrible sentencia
la Turca à su fino amante,
y las pasmosas tragedias
que despues le sucedieron
hasta llegar à su tierra.

F I N.

SEGUNDA PARTE

DE DON MIGUEL FUERTES.

VIendo aquella hermosa luna,
aquella brillante estrella,
aquel espejo dorado,
archivo de rica ciencia,
luciente antorcha admirable,
que dió luces de prudencia,
la mas agraciada rosa,
la mas fragrante azucena,
la esmeralda trasparente
de esperanzas verdaderas:
viendo pues aquesta dama,
que à Don Miguel en la hoguera
lo habian de arrojar vivo,
dispuso con sutileza,
para librar à su amante
de la terrible sentencia,
la accion que merece ser
esculpida de oro en letras.
Fue el caso de que sus padres
salieron de casa, y ella
al punto mandó llamar
un Corsario de la tierra,
por medio de una Cautiva,
y el Corsario con presteza
fue à ver lo que le mandaba.
La Turca le dixo: ea,
ocho mil pesos te doy,
si me embarcas esta mesma
noche para la ciudad
de Cádiz rica y amena;
si no lo haces, advierte,
que la muerte te se espera,
porque yo te haré matar,
sin que medio alguno tenga.
El Corsario temeroso
à su poder y grandeza.
y al mismo tiempo obligado
de toda aquella moneda,
considerando que rico
podia hacerse con ella,
al punto dixo que sí.
Quedaron con la advertencia,
que

que aquella noche en la playa
lo esperase con cautela.
y que al punto que sintiese
tocar un pito, acudiera
sin alguna dilacion,
que esto le daba por seña.
Y quando Latona estaba
en medio de su carrera,
extendiendo sobre el manto
sus cristalinas madexas,
viendo la Turca que estaban
los de su casa en la tienda
de Morfeo, descansando,
armóse con diligencia
con las armas de su padre,
labradas de plata tersa,
y perfiladas de oro,
y con muy costosas piedras.
A su padre le quitó
gran cantidad de moneda,
toda doblones en oro,
los que pudo llevar ella,
con joyas de mucho precio
de diamantes y otras piedras.
Armada pues y vestida
à lo turco, ató una cuerda
en el balcon y baxó;
y sin que nadie la viera,
llegó à la cárcel, tocando
los golpes que daban seña
que tocaba la Justicia.
Abrió al instante la puerta
el Carcelero, y entró
la Turca, diciendo: sean
tus labios firme candado,
si no quieres que deshechas
tus carnes este rejon
ò estas armas las conviertan.
Enséñame dónde está
el Cautivo, que en la hoguera
mañana ha de ser quemado,
y toma aquesa moneda,
que son doscientos doblones.
El Carcelero la lleva
(temeroso de la muerte,
y obligado à la franqueza)
donde Don Miguel estaba.
Quedóse la Turca bella
sin poder hablar palabra,
del sentimiento y la pena
que tuvo, viendo à su amante
puesto de aquella manera.
Al Carcelero le dixo,
le quitase con presteza
las prisiones que tenia:
y sin hacer resistencia
obedeció el Carcelero,
porque la vió tan resuelta.
Entónces al Carcelero
le dió una herida tan recia
la Turca, que cayó luego
difunto sobre la tierra.
Ella tomó de la mano
à su amante, y salen fuera,
marchando hácia la marina,
sin que persona los viera.
Tocó la Dama su pito,
y el Corsario que está alerta,
acudió luego al instante,
y en la embarcacion los entra,
y desgaxan de Neptuno
la encumbrada fortaleza.
Vamos ahora à los padres
de la Turca, que hechos fieras
estaban, quando encontraron
al balcon puesta la cuerda,
y que su hija faltaba,
llevándose tantas prendas;
y mucho mas al saber,
que de la cárcel funesta
fal-

faltaba Don Miguel Fuertes:
aquí les entró sospecha,
y enviaron à buscarlos
dos naves à remo y vela.
Y quando el dorado sol
esparcia su influencia
con mayor actividad,
los alcanzaron y apresan,
y à la Justicia amarrados
con gran furor los presentan.
Los pusieron en la cárcel,
y les dieron la sentencia
de arrastrados y quemados
los tres vivos en la hoguera.
No puedo explicar aquí
el sentimiento y la pena
de estos dos finos amantes,
porque me embarga la lengua
el dolor, y así lo dexo
à vuestra mente discreta.
Mas en medio del dolor
tuvieron suerte muy buena,
que tres Cautivos Cristianos
habia en la casa mesma
de aquel Turco, que à los presos
llevaba à la cárcel, y era
de terrible condicion,
y estos Cautivos ordenan
el librar à los amantes,
y escapar de la fiereza
del amo, pues los trataba
sin piedad y sin clemencia.
Fue el caso, que el amo de estos
Cautivos tocó à la puerta
à deshora de la noche,
y ellos que estaban alerta,
salieron luego al instante,
y fuertemente lo aprietan,
diciendo: si hablas palabra,
morirás sin resistencia.
Le quitan las ricas armas,
y hasta la cárcel lo llevan,
diciendo: si no respondes,
has de morir sin falencia.
Tocaron ellos los golpes,
que de Justicia eran seña,
y baxando el Carcelero,
dixo: quién toca à la puerta?
Y el amo de los Cristianos,
temiendo la muerte fiera,
al Carcelero le dixo:
àbreme presto la puerta,
porque vengo con un preso.
Al instante que fue abierta,
entraron todos los quatro:
los Cautivos con destreza
al amo dieron la muerte,
y al Carcelero lo estrechan,
para que al punto sacase
sin alguna resistencia
al Corsario y los amantes,
que esperaban la sentencia.
Obedeció el Carcelero,
y los tres con advertencia
lo llevaban siempre en medio,
porque marro no les diera.
Al punto que los sacó,
le dieron muerte sangrienta
al Carcelero, y los seis
marcharon para una huerta,
que habia nueve Cristianos
cultivando su ribera,
y con sus ruegos lograron
el que los nueve se fueran
tambien en su compañía.
Llegaron pues à la amena
playa, y tuvieron fortuna,
porque la nave ligera
de aquel Corsario encontraron,
y se embarcaron en ella.
Mas

Mas à las tres de la tarde
descubrieron (qué tristeza !)
dos naves que los seguian,
navegando à remo y vela.
A este tiempo se movió
una tempestad deshecha,
y las naves de los Turcos
retroceden su carrera,
por lo qual no los pudieron
apresar, y en la tormenta
crecida daba baybenes
la nave : ya en las estrellas
se estampa : ya en los abismos
casi la miran envuelta;
quando dió un terrible golpe
la nave contra una peña,
dividiéndose en pedazos
y en astillas muy pequeñas.
Aquí sí que à San Vicente
con mas fervor se encomiendan:
entónces los dos amantes
vieron delante una pieza
de la nave, y la lograron,
y anduvieron dando vueltas
en el golfo de cristal
por dos dias; mas sin fuerzas,
ya se consideran pasto
de los peces ò vallenas,
pues les faltaba la vida
por puntos, quando una gruesa
embarcacion descubrieron.
Aquí se animan y alegran:
empezaron à dar gritos,
los de la nave se acercan,
y à los dos los recogieron;
mas viendo que Moros eran,
aquí presos y cautivos
otra vez se consideran.
Don Miguel en San Vicente
tiene su esperanza puesta,
que lo librará de todo
hasta llegar à su tierra.
Tuvieron pues la fortuna,
que al verlos en tal miseria,
el Capitan de la nave
los anima y los consuela.
Estos amantes cobraron
ánimo, y con su prudencia
al Capitan le dixeron,
que si à Cádiz la opulenta
los llevaba, le darian
de oro quinientas monedas.
El Capitan aceptó
luego el partido, y los lleva,
hasta que en el mismo puerto
de la gran Cádiz los dexa.
Al ilustre Don Miguel
un Caballero que era
amigo suyo del alma,
le entregó dicha moneda,
con que pagó al Capitan,
y agradeció la fineza.
A Sevilla se partieron,
y al Arzobispo dan cuentas
à la Turca bautizaron,
y le pusieron Manuela.
A San Vicente le hicieron
una muy solemne fiesta,
en hacimiento de gracias,
pues los libró de tragedias.
El mismo Señor Prelado
los desposó con grandeza:
y dando à Dios muchas gracias,
y à su Madre verdadera,
estos dos finos amantes
con grande gozo se quedan.
Y aquí el Poeta suplica,
que se encomienden de veras
al glorioso San Vicente,
amparo nuestro y defensa.

F I N.